

X

EN PUEBLA

EL CANSANCIO y las molestias del diario traqueteo; la amenaza de volcaduras; y la inoportuna lluvia que con frecuencia venía acompañada de fuertes ventarrones, se notaron pronto en el rostro de los Emperadores. Carlota, siempre tan digna y cuidadosa en su vestir, tuvo que resignarse a llevar el traje ajado, hasta con salpicaduras de barro; y desentenderse un poco de que sus cabellos, de ordinario tan lustrosos y bien peinados, se escapasen en desorden a través de su redecilla de viaje. Y Maximiliano, en su casaca blanca de lino que siempre usaría en sus recorridos por las cálidas tierras del trópico, hacía esfuerzos por conservarse limpio y correcto en aquellas condiciones adversas. Varias veces debió enjugarse el sudor que humedecía su larga barba rubia; y en la intimidad de su carruaje, tomaba un pañuelo para quitarse el barro de las charoladas botas.

Hicieron su entrada en Córdoba a las dos de la mañana, casi a oscuras, porque los hachones que llevaba la comitiva, persistían en apagarse con la lluvia. Algunos indígenas madrugadores los vieron pasar sin comprender muy bien qué se trataba de los nuevos monarcas ante quienes eran súbditos.

Después, atravesaron Orizaba, una florida ciudad, más acogedora y amable que las del extremoso trópico, por encontrarse ya

en tierra templada, libre de las mortales fiebres. El Emperador que desde entonces la consideró deliciosa, habría de volver a ella en uno de sus primeros recorridos por la provincia mexicana.

Luego, para llegar a Puebla, el ascenso terrorífico por sobre las cumbres de Acultzingo, que hacía pujar a los caballos y estremecerse a los viajeros. Aquel país era todo montañas y abismos. Pero... ¡qué belleza fascinante la del suave valle orizabeño y el panorama fantástico de cumbres enhiestas y laderas floridas en cuyo extremo se erguía majestuoso, imponente, el nevado Pico de Orizaba! En toda su fatiga, Maximiliano se sentía aliviado ante aquellas maravillas de la Naturaleza. Amaba ya aquel país que de tal manera deleitaba su espíritu sensible, soñador y artista. Y su buena fe, su credulidad de hombre puro y sin maldad, lo hacían ensimismarse en bellos sueños de paz y concordia. Cuando México por fin se aquietase aceptando la monarquía como una liberación, entonces todos, en eufórica paz, podrían gozar de sus paisajes deliciosos, sublimes milagros del Supremo Creador.

No pensaba entonces tal vez que para gobernar un país, y un país crepitante de pasiones, había que ser organizador, administrador y... gobernante. Quizá hasta un déspota de férreo carácter para imponerse. Y él era sólo un sentimental que se extasiaba, se conmovía aún ante los esplendores de la Naturaleza radiante que se extendía a su vista en el viaje.

En Puebla se les hizo un recibimiento regio, el primero en realidad, acorde con su alta investidura de monarcas de un Imperio. Las autoridades francesas de ocupación, encabezadas por el general Brincourt, el alto Clero y gran número de monarquistas mexicanos, esperaban a los Soberanos entre lluvia de flores y repiques de campanas.

Coincidió la llegada de Sus Majestades a Puebla, con la celebración del cumpleaños de Carlota, el 7 de junio; y un grupo

de damas angelopolitanas le obsequió un gran ramo de flores. Los niños de las escuelas cantaron en su honor y las bandas populares le dieron las clásicas "mañanitas" y continuaron tocando todo el día. Dice el secretario de Maximiliano, José Luis Blasio, que Carlota, conmovida, correspondió entonces con un donativo de siete mil pesos para el hospicio, generosidad que habrían de repetir tanto ella como Maximiliano a su paso por las diversas poblaciones que visitaban. Así, al menos, creían congraciarse con los mexicanos que habían venido a gobernar.

De momento lo conseguían. La simpatía innata del Emperador, el halo de bondad que emanaba de su persona, su arrogante y apuesta figura y su irresistible atractivo físico, cautivaban a todos. Y por su lado, el porte regio de Carlota, su elegancia y refinamiento de princesa real, le ganaban admiración y reverencia.

Pero allí en Puebla, más que en ninguna otra ciudad, las aclamaciones y los vivas a los Emperadores, las marchas triunfales y los cánticos escolares, deben haber sonado extraños, como opacados por un eco distante de pasada gloria republicana. En aquella ciudad de cúpulas y campanarios, tendida mansamente en el dulce valle que circundan suaves lomeríos y el imponente, magnífico Popocatepetl, se había librado la batalla del 5 de mayo de 1862, una fecha en la historia de México que marcaba con ominosos caracteres, el primer descalabro del ejército francés.

El comandante Lorencsz había tenido que replegarse hacia Orizaba cuando el general Zaragoza, en la ya famosa batalla, lo arrojó de Puebla. Desde allí se vio precisado a pedir refuerzos pues que la "conquista de México" no era tan fácil como al principio se pensó. Aumentado su ejército a 40,000 hombres, marchó sobre Puebla una vez más, junto al mariscal Forey que Napoleón había enviado especialmente a su llamado de auxilio. Y ayudados ambos por la columna del general imperialista Leonardo Már-

quez, sitiaron la ciudad el 18 de marzo de 1863, casi un año después de su derrota inicial.

Para entonces, desgraciadamente, ya no estaba allí Zaragoza. El heroico defensor de Puebla había muerto prematuramente, a los 32 años, el 8 de septiembre de 1862, víctima de una fiebre y no en la lucha, como hubiese deseado.

Su sucesor, el general González Ortega, con una fuerza inferior de sólo 22,000 hombres, optó por dejarse sitiar, quizá con la intención de que al retener al ejército invasor en Puebla, demoraba su avance hacia la Capital. Resistió dos meses hasta mayo de 1863 y aun los propios jefes militares franceses como el general Niox, alaban la heroicidad de los sitiados de Puebla.

No podían escapársele a Maximiliano aquellos hechos acontecidos apenas uno y dos años antes de su llegada. Al marchar hacia México y contemplar los fuertes de Loreto y Guadalupe, que fueron el escenario de la gloriosa batalla en que los franceses, reputados como los primeros soldados del mundo, sufrieron atónticos una derrota, sus azules pupilas se ensombrecieron. Como diría más tarde al mariscal Bazaine en uno de los violentos diálogos que antecedieron a su ruptura con el comandante militar francés, aquellas colinas, aquellas montañas estaban llenas de fatídicos augurios para su propia estabilidad. Tras ellas parecían ocultarse sus opositores republicanos, en espera de un triunfo no muy distante. El país no estaba dominado como se le había asegurado. Un "¡Viva Juárez!", sordo, aislado, anónimo, había hecho estremecer a Carlota en su viaje de Veracruz; y a él lo ponía a reflexionar. ¿Sería el Imperio sólo una quimera, un bello sueño destinado a borrarse, a esfumarse un día como algo endeble e impreciso...?

Pero debían proseguir. Iban a tomar posesión de un trono

tan bamboleante como el mismo endeble suelo mexicano de la Capital, fincada sobre los movedizos cimientos de una laguna. Era su destino, su destino trágico. Se dirigían a cumplirlo cuando se alejaron de Puebla con rumbo a México.

XI

LLEGADA A LA VILLA DE GUADALUPE

DE PUEBLA había que seguir subiendo hacia la Capital que, a juzgar por el ascendente viaje desde los llanos tropicales de Veracruz, parecía estar incrustada en las nubes. Todavía montañas y más montañas a través de tierras de vegetación ubérrima que se antojaban intocadas y vírgenes. Bosques maravillosos de abetos y encinos, profusión de flores y plantas por dondequiera y, asomando tras la verde arboleda, en fascinador contraste, la enhiesta cima del Popocatepetl junto a la pétrea figura de una colosal mujer dormida cubierta con un manto de nieve. Era el otro volcán extinto de impronunciable nombre para su extranjeros labios: el Iztaccíhuatl.

Más descansados ya, por la temperatura templada, y extasiado el Emperador ante las fascinantes bellezas de aquellos campos de maravilla que cruzaban, pasaron por Río Frío, el lugar del que se contaban tantas historias terroríficas de asaltos y bandidajes. Pero ellos iban bien resguardados. A más de los oficiales franceses y demás europeos de la escolta, iba el cuerpo de lanceros mexicanos comandado por el coronel Miguel López, al que se le conocería más tarde como Regimiento de la Emperatriz.

Poco antes, en Cholula, la de las trescientas sesenta y cinco iglesias para cada día del año, hicieron un alto para oír misa. Es-

taban ya a un paso de su capital imperial. Pronto llegarían, pero antes se detendrían en la Villa de Guadalupe, la Basílica Nacional dedicada a la Patrona de México.

Dejo la palabra a José Luis Blasio que más tarde fuera secretario particular del Emperador. En su *Maximiliano Intimo*, publicado en 1905, describe el arribo de Sus Majestades, en forma que no deja duda de que el recibimiento fue triunfal, aunque bien pronto comprobarían los homenajeados que aquel entusiasmo era sólo una llamarada de pólvora, tan falsa y engañosa como los estallidos de los cohetes que en su honor se lanzaban al espacio.

Dice Blasio:

"Los habitantes de la ciudad de México y los de la Villa de Guadalupe que aún viven, no olvidarán sin duda alguna, el día once de junio de mil ochocientos sesenta y cuatro.

"Fue esa fecha memorable la que la Providencia destinó para que S.S.M.M. Maximiliano I y su esposa muy ilustre, hicieran su entrada triunfal en la ciudad de México.

"Desde las primeras horas de la mañana de ese inolvidable día, los llanos de Aragón presentaban un aspecto muy pintoresco.

"Doscientos y tantos carruajes abiertos lucían ricamente ataviadas, a las más distinguidas y más hermosas damas de la alta sociedad mexicana; en derredor de los carruajes se apiñaban los caballeros vestidos de rigurosa etiqueta y por la extensa llanura de Aragón, bajo el cielo purísimo del Valle de México, el pueblo en masa, arremolinándose para ver mejor, esperaba ávido, la llegada de los Soberanos.

"Las banderas tricolores, los numerosos ramilletes, las grandes ramas, los atavíos multicolores de las damas y señoritas de la clase media, todo en fin, daba a los llanos extensos de la hacienda citada, un aspecto mágico que, repito, jamás han de olvidar quienes como yo, lo presenciaron.

"A la hora en que S. M. Maximiliano y su esposa llegaron a la entrada de Aragón, el entusiasmo rayó en frenesí.

"Una lluvia de las flores más exquisitas y perfumadas que producen las huertas de los alrededores de la Capital, cubrió por completo el carruaje que conducía a Sus Majestades y después de los prolongados vivas y aplausos, una comisión formada por los caballeros y las damas más distinguidos de la ciudad, les dio la bienvenida en nombre de los habitantes de la capital del Imperio.

"Enseguida toda la comitiva imperial se dirigió a la Basílica Guadalupeana donde por primera vez se cantó el *Domine Salvum Fac Imperatorum* que fue acompañado en masa por todos los asistentes.

"Terminado el canto sagrado, sus Majestades pasaron a la Sala Capitular donde recibieron la bienvenida del Ilmo. Sr. Arzobispo de México, del alto clero, del cuerpo municipal, del Ministro de Francia, Monsieur de Montholon, del general Bazaine y del general Neigre.

"Tomó la palabra el Jefe Político de la Villa, Sr. Villar y Bocanegra, para dar la bienvenida a los Soberanos. El Emperador contestó con frases muy conmovedoras que fueron interrumpidas por vivas y prolongados aplausos.

"Después de esta ceremonia, Sus Majestades se retiraron a la Colegiata donde se sirvió la comida, aplazándose para el día siguiente, la entrada a la Capital".

XII

ENTRADA TRIUNFAL A MEXICO

CONTINÚA Blasio, el secretario particular de Maximiliano: "El día doce de junio de 1864, las principales calles de la ciudad parecían más bien los corredores de un vastísimo y suntuoso palacio; arcos de triunfo bellísimos y de exquisito gusto, formados con flores naturales; largos tramos ricamente alfombrados, colosales espejos, enormes banderas nacionales y extranjeras, ir y venir de elegantes damas y apuestos caballeros, todo, repito, hacía que las calles principales de la Capital tuvieran más bien el aspecto de los corredores o de las terrazas de un vastísimo y suntuoso palacio que el de las calles de una ciudad.

"Todos los templos de la Capital echaron a vuelo sus campanas y las salvas de artillería se sucedían sin interrupción.

"A la vanguardia de la comitiva, iba el regimiento de lanceros mexicanos al mando de su coronel López. Este regimiento venía escoltando a Sus Majestades desde Veracruz y fue denominado algún tiempo después, Regimiento de la Emperatriz.

"Enseguida venía el regimiento de Cazadores de Africa, y los húsares franceses que precedían la carroza de Sus Majestades.

"A ambos lados de ésta y en magníficos caballos, iban los generales Bazaine y Neigre, escoltados por su numeroso y brillante Estado Mayor; seguían al carruaje imperial sesenta coches ocu-

pados por altos dignatarios del Imperio; cerrándose el cortejo con un regimiento de caballería mexicana.

"Dirigiéronse primero los Soberanos a la Catedral donde se entonó un solemne *Te Deum*, y después de esta ceremonia, a pie se dirigieron al Palacio, en medio de una multitud de más de cien mil personas que llenaban el aire con ensordecedores vivas y aplausos.

"Entre aquel mar humano, pude por vez primera contemplar rápidamente y a unos cuantos pasos al hombre a quien después había de ser acreedor a beneficios sin cuento.

"Lo vi pasar, arrogante, majestuoso y esbelto; impresionándome por vez primera sobre todo, la dulzura de su mirada; mirada azul, bondadosa y profunda, que tantas veces me fue concedido contemplar después.

"Su larga barba de oro dividida en el centro, le daba un aspecto tal de majestad que era imposible verle sin sentirse desde luego atraído y fascinado.

"Desde el balcón central del Palacio, Sus Majestades saludaron a la multitud y por la milésima vez en ese día, se repitieron los vivas, los aplausos y las más estruendosas manifestaciones de entusiasmo y simpatía.

"Quince días duraron las fiestas imperiales, quince días de regocijo continuo, de constante alegría, de pomposas revistas militares, de representaciones de gala en la Opera, de grandes bailes ofrecidos por las municipalidades, de festejos sin cuento, siéndome concedido en algunos de ellos volver a ver de cerca las figuras majestuosas del Emperador y la Emperatriz".

Así habla en esta vehemente crónica, un conservador que sólo recibió beneficios y favores de Maximiliano—entre otros, la excarcelación de un hermano suyo—, y a quien siguió hasta su trágico fin en Querétaro.

Don Justo Sierra, en su importante obra *México, Su Evolución Social*, se refiere también al recibimiento de los Emperadores en la Capital, del que fue testigo.

Dice el Maestro:

"La fragata *Novara* lo trajo a Veracruz; en el viaje se ocupó en hacer un reglamento económico de gobierno (poseemos el original), y llegó muy contento; recibiólo la población con curiosidad, los conservadores muy alborozados, y mirados fría y burlescamente por el pueblo; los oficiales franceses y el lugarteniente del Imperio, don Juan N. Almonte, le presentaron su homenaje. El Príncipe pasó rápidamente saludando mucho con su sombrero alto gris que se hizo popular, y ostentando su gran barba rubia, artísticamente rizada y partida bajo la mandíbula corta y la boca de labio inferior un poco protuberante; su esbeltez, su mirada benévola y clara, gustaron mucho; era un simpático en toda la extensión de la palabra y las multitudes sentían esta electricidad. Carlota, muy alta, muy rígida, de mirada inteligente y penetrante, parecía más varonil que su esposo; no era simpática; era una intelectual, su marido un sentimental; Córdoba, Orizaba, Puebla, fueron los nudos de una cadena sin fin de ovaciones; la curiosidad estupenda, el deseo de aplaudir lo que halaga los ojos, cierta necesidad de quedar bien ante un príncipe extranjero, la devoción de las multitudes indígenas que vivían todavía a un siglo de distancia de la Conquista y para quienes, *ver a un rey* era una maravilla, todo dió una expresión extraordinaria a aquellas recepciones en que la *clase alta* lo dirigió y lo compuso todo con una adhesión tan ingenua y tan cursi, que la historia desarruga ante ella su faz severa y olvida que la noción de Patria se perdía en esas conciencias, confiadas en el milagro de concordia, de olvido y paz que iba a realizar aquel hombre rubio.

"En México el espectáculo fue soberbio, la municipalidad

apuró en arcos y cortinajes todo su lujo y sus fondos; la ciudad entera tomó parte en las fiestas. La aristocracia que se atavió espléndidamente con un entusiasmo batallador y delicioso, diputó a una gran señora para que leyera a la Emperatriz un verdadero discurso (obra del Sr. Arango y Escandón), que era un programa de política religiosa; el pueblo en quien la policía había vertido una dosis de delirio extraordinario en las pulquerías, gritaba frenético; la clase media fría, observadora, miedosa, no creía que durase aquella ópera. Un centenar de estudiantes gritábamos a grito herido, en la plaza principal, '¡Mueran los Mochos!' sin que nadie nos reclamase. Todo se perdía en un rumor inmenso de clamor humano, de repiques, cañonazos, músicas..."